

## art buchwald

### «MUERDASE LA LENGUA»

WASHINGTON.—En 1968 se dijeron muchas cosas por las que hoy están pesados los que las dijeron. Pero ya es tarde para desdecirse. ¿No está contento usted, lector, de no haber sido quien le dijo al presidente De Gaulle en mayo: "Monsieur le president: los estudiantes se han rebelado en Nanterre, pero en veinticuatro horas les tendremos controlados"; o el que dijo al alcalde John Lindsay, de Nueva York: "Mire, alcalde, ¿qué le parece si iniciáramos un programa experimental para el control local de las escuelas en el barrio de Ocean Hill, en Brooklyn? Una vez en marcha, el sindicato de maestros tendrá que apoyarnos?"

O el cardenal que le dijo a Jacqueline Kennedy: "Jackie, cácese con quien quiera que yo le arreglaré el asunto con el Vaticano".

O el consejero que recomendó a Nixon: "Si usted quiere un candidato a vicepresidente que no origine controversias, seleccione al gobernador Spiro Agnew".

O el amigo que le dijo a Rockefeller en primavera: "Si usted no participa en las elecciones primarias, tendrán que designarlo candidato presidencial republicano en la convención de Miami porque, ¿a qué otro podrían designar?"

O el consejero que le dijo a Humphrey: "Señor vicepresidente: el alcalde Daley desea que usted sepa que todo está perfectamente controlado en Chicago, y la convención demócrata será la mejor de las celebradas en nuestra ciudad".

O el que dijo a Pablo VI: "Si Su Santidad se declara contra el control de natalidad, no habrá un solo sacerdote que no le apoye".

O el hombre que le dijo al embajador en París, Sargent Schriver: "Una vez que se publique la versión de que usted será el embajador en las Naciones Unidas, Nixon tendrá que nombrarlo".

O el amigo de George Wallace que aconsejó a éste: "Si usted quiere un candidato a vicepresidente que realmente atraiga al pueblo norteamericano, no lo dude: el general Curtis LeMay".

Y no olvidemos al individuo que dijo al que iba a ser secretario del Tesoro, David Kennedy: "Si los periodistas le preguntan cuál deberá ser el precio del oro en los próximos cuatro años, dígalos exactamente lo que piensa".

Ni al funcionario del Departamento de Estado que le dijo a Dean Rusk: "Le aseguro, señor secretario, que si suspendemos los ataques aéreos contra Vietnam del Norte, Saigón se sentirá muy feliz de participar en las conversaciones de París".

Ni el que dijo a Walt Rostow: "Si usted quiere volver a su carrera de profesor, ¿por qué no pide que le reserven un cargo en el Instituto Tecnológico de Massachusetts?"

Ni al consejero económico del canciller alemán Kiesinger, quien dijo a éste: "Apostaría todo, mi vida, a que De Gaulle se verá obligado a devaluar el franco".

O el almirante que dijo: "El barco PUEBLO no necesita escolta en aguas de Corea del Norte. Los coreanos no se atreverán a tocarlo".

Y, finalmente, el hombre en la Casa Blanca que dijo a Johnson: "Señor presidente, ¿quiere oír algo gracioso?: Gene McCarthy ha ido a New Hampshire para participar en las elecciones primarias contra usted".

(Copyright 1968, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc., New York-Agencia Zardoya.)

ésa. Las actuales dificultades de Cuba provienen principalmente del hecho de que varias importantes inversiones no empezarán a dar sus frutos más que a partir de 1970: el plan ganadero, que se basa sobre la renovación genética del ganado en arriando, sólo permitirá aumentar fuertemente los sacrificios a partir de 1970. Para el plan lechero fue preciso crear una nueva raza vacuna (Zebu-Holstein), que en la actualidad se encuentra en la

fase de becerras; respecto al plan arrocero, ha habido que preparar 230.000 hectáreas de tierras de regadío y producir las semillas. A esto hay que añadir el plan tabaquero, el plan forrajero, sobre cientos de miles de hectáreas apenas desbrozadas, el plan cafetero (se requieren tres años antes de que los cafetales empiecen a producir) y los planes de formación de los técnicos necesarios, clave de todo el edificio. ■ M. B.

## MARY BELL, EN EL PAIS DE LAS MISERIAS

### A los once años, dos asesinatos



PARA EL FISCAL, LA PEQUEÑA ESTRANGULADORA NO ERA UNA ENFERMA: ERA UN SER DEMONIACO.

En el banquillo de los acusados del Tribunal de Newcastle-upon-Tyne, la pequeña Mary Flora Bell escucha la sentencia del juez, que la condena a cadena perpetua. Mary Flora tiene once años. Ha estrangulado a dos niños de tres y cuatro años. Tiene grandes ojos negros, atentos e inocentes. A cada audiencia acudía de la mano de un policia. Escuchaba con mucha atención los debates, y de vez en cuando se volvía sonriente a su madre y a su abuela, que estaban tras ella. Al oír la sentencia, Mary se echó a llorar: no comprendía. Frente a ella, su enemigo, el abogado de la corona mister Rudolph Lyons. Para él, Mary no es una pequeña criatura, es una pequeña bruja.

Mister Lyons es un hombrecillo rechoncho, con gafas. Representa a la Gran Bretaña provinciana. A su juicio, el mal no es una enfermedad, es un pecado. El salario del pecado es el máximo. Afortunadamente para la pequeña Mary, hay algo más que la Gran Bretaña provinciana. Por encima de ella está Londres. Y en Londres no se quema a las brujitas, se es sensible a la opinión pública, no se deshonra a una muchachita encerrándola de por vida. La Gran Bretaña provinciana, apaciguada por la severidad, lo absurdo de la sentencia, puede dedicarse a las cosas serias. El «Home Secretary», James Callaghan, hará transferir a Mary al centro de reeducación de Cumberlow Lodge, cerca de Londres, y dará a los parlamentarios laboristas la seguridad de que será atendida. Para Gran Bretaña, el mal, en una chiquilla de once años, es una enfermedad.

Encerrada ahora, lo ha estado, en realidad, desde su nacimiento. Para empezar, en Newcastle-upon-Tyne, una antigua ciudad minera convertida a la siderurgia y a las construcciones mecánicas. Una ciudad negra, en el Norte de Inglaterra, limitando con Escocia, aplastada aún bajo el horror de la revolución industrial inglesa. Humo, lluvia, niebla. Ladrillo negro. Alojamientos de ladrillo negro. Fábricas de ladrillo negro.

Los habitantes de Newcastle son silenciosos y duros. «Toman la brutalidad por virtud», ha dicho un periodista inglés. Son pobres y tristes. En el interior de Newcastle, la pequeña Mary está una vez más encerrada en Scotswood, el suburbio de mala fama de los parados, de los desasistidos. Las autoridades municipales admiten que allí vive «mala gente», que sería «imposible» integrarla en «barrios decentes»: «Se niegan a ser mejores», aseguran los responsables municipales.

Dentro de Scotswood, Mary se encuentra cercada por otro universo más restringido: su calle y su familia. El infierno de Dickens sigue existiendo. La familia de Mary es de esa «mala gente», según el parecer municipal. Su padre no trabaja; fue más o menos atendido por enfermedad mental. No suele parar en casa, está casi siempre con su amante. La madre de Mary es una mujer colérica, temida. Trabaja irregularmente, lejos de Newcastle. La mayor parte del tiempo vive con el hermano de su marido.

Este es el mundo de Mary Bell. Le queda poco espacio para vivir, pero le basta para defenderse, para crear su reino. Hay descampados en Scotswood.